

grana, escoltaban en dos filas el carro del triunfador, y trás ellos venia numerosa cohorte de aragoneses y catalanes, ya en caballos fingidos y armados de escudos y espadas, ya á pié y ornados á la manera de los persas y de los asirios, los cuales, moviéndose al compás del canto, que precipitaban con el ardor de la danza ¹, mezclábanse en simulada lid, no sin aplauso de las gentes, que se gozaban en la victoria de los españoles, vencidos y sujetos los bárbaros. Elevada torre, magníficamente exornada, cuya puerta guardaba un *Ángel* con espada desnuda, y sobre la cual resplandecian la *Magnanimidad*, la *Constancia*, la *Clemencia* y la *Liberalidad*, cerraba aquella vistosa comitiva: era la *Torre de la Paz*, cuyas preclaras virtudes, tomada la iniciativa por el *Ángel*, muestran al rey don Alfonso las altas mercedes y prendas que habia este recibido de sus manos ². Próceres, magnates, caballeros, ciudadanos, todo lo más poderoso é ilustre del reino, seguia por último y autorizaba el triunfo del nuevo César, que tributadas al Hacedor Supremo las más ardientes gracias en la catedral napolitana, recorria despues las principales calles de la ciudad, recogiendo en todas partes unánimes bendiciones y jubilosos aplausos de la muchedumbre ³.

1 El Panormita escribe: «Concitato cantu, ipsi paritèr inflaminabantur, praeliumque miscabant» (pág. 235). Tratándose de catalanes y aragoneses, es de creer que este canto, entonado por unos y otros, fuese propio de la nacion española, como lo era el juego bélico que ejecutaban. No es tan fácil determinar si los versos eran catalanes ó castellano-aragoneses. El hecho es sin embargo de importancia, por las razones que en el siguiente capítulo verán los lectores.

2 La *Clemencia*, sobre todas, le dice estas notables palabras: «Ego verò te, non hominibus, sed diis immortalibus facio aequalem» (pág. 236). Esta declaracion del Panormita, que ratifican Pio II y otros muchos, contrasta visiblemente con la calificacion que hace Tiraboschi de don Alfonso, asegurando que estaba «guasto da molti vizi» (t. VI, cap. II). No creemos que el rey fuera impecable; pero sí que el aserto de Tiraboschi debió comprobarse con documentos coetáneos, lo cual le hubiera sido muy difícil, á no ser que toda la acusacion se fundára en los amores de Lucrecia Alania, que daremos á conocer en el siguiente capítulo.

3 Es digno de notarse, porque revela el gran concepto que logra don Alfonso, como guerrero, que al comentar Eneas Silvio en 1456 la des-

El glorioso recuerdo de tan magnífico triunfo, cuya ingeniosa disposicion refleja vivamente la tradicion dantesca, revelando al par las nobles aspiraciones á despertar la idea deslumbradora de la antigüedad clásica, bastaria pues á descubrirnos qué género de intervencion alcanzaba el rey don Alfonso en la vida literaria de su nuevo reino, á no poseer tantos y tan notables documentos como atestiguan la singular proteccion que á los más distinguidos varones de la Italia entera concede. Compitiendo con los príncipes y Señorías de aquella ilustrada nacion, sacada de las tinieblas de la edad media por el génio inmortal de los cantores de Beatriz y de Láura, mostró durante la difícil lucha que le asienta en el trono de Roberto, que si pudo temerse un dia que exasperado por la contradiccion, usára el aborrecible oficio de tirano, fundaba Alfonso toda su gloria en devolver á Nápoles su antigua grandeza, labrando la prosperidad interior de sus nuevos vasallos con la promulgacion de sábias leyes, y despertando en ellos el gusto de las letras y de las artes, amortiguado en medio del espantoso caos en que la monarquía se aniquilaba. La afamada Parténope, libre de la opresora licencia de sus magnates, floreciente cual nunca y llamada á una vida activa y verdaderamente intelectual, mientras rendia á los piés del vencedor el tributo de su admiracion y de su respeto, ufanábase con ser cabeza de la nacion más afortunada y poderosa de Italia, merced á las paternales y sábias miras del príncipe español, que habia ceñido su corona.

Su corte llegaba á ser por este camino perpétuo gimnasio de ciencias, artes y letras: á ella traia su renombrada largueza los

cripcion del *Triunfo*, manifiesta los vehementes deseos que abrigaba respecto de la empresa contra los turcos, que cuatro años antes se habian apoderado de Constantinopla. El futuro Pontífice, que al leer la oracion pronunciada al propósito por el rey, habia exclamado: *Digitus Dei hic est*, añadia: «O qualem ei currum apparabit Italia, quales gratias aget Ecclesia, quae festa omnis Christiana societas agebit!».. (pág. 256). Un príncipe, cuyas obras hacian concebir tan altas esperanzas, ¿qué no podria hacer en su nuevo reino, dotado del amor á la cultura, que en él hemos reconocido?.. Sigamos el iniciado estudio.

más ilustres varones que resplandecían por su saber en las de Roma y Florencia, donde un Nicolao V, distinguido antes de subir á la silla de San Pedro como extremado cultivador de las letras clásicas, y un Cosme de Médicis, egrégio protector de los discípulos de Petrarca y de Boccacio, habían congregado los de más granada reputación en el suelo italiano. Lorenzo Valla, insigne filólogo romano, á quien había elevado la Universidad de Pavía á la cátedra de elocuencia, halla una y otra vez en Alfonso amparador y amigo, estableciendo en Nápoles famosa escuela de letras griegas y latinas, centro de todo lo más ilustre de aquella ciudad y monarquía ¹: Bartolomé Fazio, predilecto discípulo de Guarino de Verona, y aplaudido cultivador de la lengua latina, es solicitado por el monarca aragonés, quien pagado del libro que con título *De vitae felicitate* le había dirigido, pone á su cuidado la difícil tarea de trazar su propia historia ²: Jorge de Trebisonda, varón eruditísimo en las letras clásicas, es recibido entre sus más estimados familiares, confiándole nueva traducción de los libros *De naturali historia*, de Aristóteles, porque no satisfacían al rey la aspereza y barbarie de la versión antigua ³: Leonardo Bruno de Arezzo, aquel oráculo de Florencia,

¹ Lorenzo Valla recibió de manos del rey don Alfonso el título de *poeta y sabio en las ciencias divinas y humanas*, especial manera de consagración que equivalía á la honra del triunfo, ya prodigada (Thiraboschi, t. VII; Guinguené, t. III, cap. XIX).

² Panormita, *Dictis et factis*, lib. II, ad finem.—Valla y Fazio se disputaron la predilección del rey, lo cual fué causa de la guerra literaria, de que dan razón sus *Invectivae*, poco honrosas en verdad para sus autores, aunque muy del gusto de la época (Tiraboschi, t. VI, Parte II.^a, lib. III, página I).

³ El citado Panormita dice al propósito estas palabras: «Quoniam illi (regi) qui prius ab nescio quo traducti extabant, propter asperitatem barbariemque orationis haud satis probabantur» (loco citato). Jorge de Trebisonda dedicó al rey otro tratado filosófico, escrito, como su famosa *Epístola griega*, contra Teodoro Gaza, con este título: «Ad divum Alfonso Regem Aragonum et utriusque Siciliae Georgii Trapesuntii in perversionem problematum Aristotelis à quodam Theodoro Gage (sic) edita et problematica Aristotelis philosophae, protectio». Este tratado no lo cita Tiraboschi: te-

á quien había honrado con su amistad y sus régios presentes don Juan II de Castilla, ya que por su edad y sus dolencias no pudo trasladarse á Nápoles, mostraba al rey Alfonso su admiración y su gratitud en muy doctas epístolas, que eran contestadas por el príncipe español con tanto amor como magnificencia ¹: Poggio Bracciolini, afortunado descubridor de los clásicos latinos, y celebrado traductor de los griegos, acogido en la corte de Alfonso con singular benevolencia, era colmado de honras y mercedes, en pago á la versión que hizo por su mandato de la *Cyropedia* de Xenófote ²: Eneas Sylvio, llamado despues al Sumo Pontificado con nombre de Pio II, consigna una y otra vez en sus obras latinas las obligaciones que debió al hijo del Infante de Antequera, siendo uno de los más preciados ornamentos de su palacio ³: Francisco Filelfo, émulo del Poggio, como helenista, y más afamado que él, como poeta, atraído á Cápua por los ruegos del rey de Nápoles, recibe de sus manos la orden de caballería, con los

nemos á la vista un códice coetáneo que lo contiene. Jorge acude al rey, como á seguro juez, en aquella famosa disputa filosófica.

¹ Panormita, loco citato.

² Tomándolo sin duda de Tiraboschi (t. VI, Parte II.^a, lib. III, cap. I), y este de Mons. Giorgi (*Vita Nicolai V*, pág. 176), observó Guinguené que el Poggio tradujo la *Cyropedia* por mandato de Nicolao V (*Hist. litt. d'Italie*, t. III, pág. 320). El Panormita escribió sobre el particular en vida del rey, que no hubiera consentido la mentira: «Poggium Florentinum virum illustrem ob *Cyropediam* suo jussu è graeco conversam, non solum benevolentia complexus est, sed honoribus et opulentissimis donis ornavit» (loco citato). Nosotros hemos examinado en la Biblioteca de la Universidad de Valencia, entre los excelentes MSS. que fueron de San Miguel de los Reyes, un precioso códice de la *Cyropedia* con este epígrafe: «Poggi Florentini praefatio ad Alfonso clarissimum Aragonum regem in Xenophontis librum de *Cyropedia*». Siendo este MS. coetáneo, y acaso el mismo que Poggio presentó al rey, [no hay ya motivo alguno de duda.

³ Aludimos principalmente á su famoso libro de *Descriptione Europae*, y al del *Commentarium in libros de dictis et factis Antonii Panormitae*. Del primero hablaremos despues: respecto del segundo, conviene advertir que siendo escrito como para mostrar al Panormita que había leído su libro (*Epíst. misiv.*), todo él se compone de los gratos recuerdos que Pio II conservaba del tiempo que vivió en la corte del rey don Alfonso.

blasones régios de Aragon, viendo al par coronadas sus sienas por el sagrado laurel, que había ennoblecido la musa de Petrarca ¹: Antonio Panormita, docto maestro de las letras clásicas, obtiene la honra singular de ser llamado á perfeccionar la educacion literaria del rey, quien pagado de la elocuencia de tan ilustres varones, abriga tambien el deseo de emularla ²; y finalmente, tan numerosa llega á ser la pléyada de filósofos, médicos, músicos, jurisconsultos y teólogos, honrados y enriquecidos por la mano de Alfonso V, que no solamente sería difícil, segun la expresion del Panormita, decir sus alabanzas, sino que el apuntar simplemente sus nombres pediría grueso volúmen ³.

Pero el rey de Aragon no vé satisfecho su amor á las ciencias y á las letras, protegiendo sólo á sus más renombrados sacerdotes. Aquel generoso anhelo que había engendrado en su pecho durante la primera juventud el estudio de la moral filoso-

¹ Panormita, l. III, n. 11; Rosmini, *Vita di Filelfo*; Guinguené, loco citato, pág. 330.

² Dijimos ya que don Alfonso tenia muy especiales conocimientos en la lengua latina antes de pasar á Italia; y este aserto recibe notable confirmacion de los nuevos estudios que bajo la direccion del Panormita emprendió. Conociólo en Milan en 1435, despues de la batalla de Ponza (Tiraboschi, t. IV, Parte II.^a, lib. III, cap. I): por manera que ó el marqués de Santillana adivinó en el mismo año la resolucion del rey, ó al escribir su *Comedieta* sólo contó lo que todo el mundo sabia. Esto no es obstáculo para tener por seguro que don Alfonso modificó sus estudios en sentido ya puramente clásico, y depuró su gusto, segun notaremos: ni rebaja tampoco el mérito del Panormita, quien á la gloria de ser maestro del rey de Aragon, unió la de ser uno de los que con más ardor y fortuna prosiguieron la obra del *Renacimiento*.

³ Lib. II *De Dictis et Factis*, ad finem.—Eneas Silvio añade que salian tambien de su corte, «*tanquam ex officina virorum praestantium*», capitanes, y prelados egrégios, entre quienes menciona á Calixto III, celebrado por el marqués de Santillana (Soneto XLI): nosotros dejamos de poner aquí sus nombres, omitiendo otros no ménos célebres, tales como el de Aurispa (senior), etc., por no aparecer difusos. Respecto de Aurispa, conviene consignar no obstante que, al llegar á la corte de Alfonso, se hallaba este gravemente enfermo (*graviter ex febre rex jaceret*), lo cual no fué obstáculo para que el rey mandase abrir las ventanas y le recibiese en su cámara, hablando largamente con él *de studiis litterarum* (Panormita, lib. I, num. 10).

fia y de los libros sagrados; aquel noble respeto que le inspiraron los monumentos de la antigüedad clásica, traídos ya á la lengua de Castilla, habian tomado grandes creces en su ánimo; y mientras mezclándose en las controversias de teólogos y moralistas, hacia gala de la agudeza de su ingenio, mostrábase por extremo apasionado de la elocuencia, y daba inequívocas pruebas de buen gusto, saboreando las bellezas de los historiadores y poetas del siglo de oro de las letras latinas. No era por tanto maravilla que ejercitándose de continuo en la lectura de las Escrituras Sagradas, guardase don Alfonso la Biblia entera en su memoria ¹, ni podia tampoco causar sorpresa el verle concurrir, sin más aparato que el de un simple escolar, á las escuelas teológicas, tomando parte en las más árduas cuestiones del dogma, cuyos secretos, valiéndonos de la confesion de Pio II, habia profundamente investigado ². Su autoridad, al discurrir en aquella manera de lides sobre la *Esencia de Dios*, sobre el *Libre albedrío*, sobre la *Encarnacion del Verbo*, el *Sacramento del Altar*, la *Trinidad*, etc., llegaba á tal punto, que los más doctos teólogos no osaban contradecir su doctrina, reconociéndole superior en las réplicas y argumentaciones, en que dejada la majestad de la corona, queria ser tratado como el último de los dialécticos ³.

Y si en todo lo que se referia á los estudios sagrados manifestó don Alfonso aquella extraordinaria predileccion, que le daba lugar tan distinguido entre los teólogos, mayor fué la reputacion alcanzada como filósofo, ciencia en que al decir de sus más ilustres coetáneos, «ninguna cosa le fué desconocida» ⁴. Consistia en efecto su mayor deleite en promover las más árduas controversias, poniendo á prueba el talento y saber de aquellos afamados varones que ennoblecian su palacio, y aprovechando los momentos en que las Señorías de Italia le enviaban por embajado-

¹ Panormita, lib. II, núm. 17.

² Id., lib. I, núm. 39; Eneas Silvio, *De Europae Descriptione*, capítulo 65.

³ Id., id.

⁴ Id., id. (Eneas Silvio).

res sus más renombrados ciudadanos, para mostrarles con dádivas y honores la grande estima en que tenia á los estudiosos, forzándolos al par á hacer gala de su ingenio.

Testimonio insigne de este nobilísimo anhelo nos trasmitió el celebrado Naldo Naldi, al narrar la embajada que la República florentina envió al rey de Aragon, solicitando su benevolencia. Llegaron á la corte de Alfonso el ya citado Naldi y el más aplaudido Giannozzo Manetti, discípulo predilecto de Leonardo Bruno, no sin experimentar honda sorpresa al verse rodeados de los hombres más doctos, pareciéndoles que entraban en la corte de Alejandro ó de Augusto. Recibiólos el rey con singular magnificencia; y tan prendado quedó de la elocuencia de Manetti desde sus primeras palabras, tan profunda fué la atencion con que oyó su discurso, que no levantó la mano para espantar una mosca, que le habia clavado en la nariz su aguijon impertinente ¹. Pocos dias despues instábale el rey á entrar en lid de improviso con los eruditos de su corte sobre todo linaje de materias filosóficas; y tan airoso salió de la contienda el embajador florentino, que desde aquel momento le contó entre sus más caros familiares, llegando á asignarle el honorario anual de novecientos escudos de oro, y declarándole que si sólo poseyera un pan, lo partiria con él de buen grado, con tal de que permaneciera en el alcázar régio ².

El amor que profesó don Alfonso á las ciencias, subió de punto respecto de las letras humanas. Peritísimo en el arte de la gramática, tuvo en subido precio la historia, y halló singular contentamiento en los poetas y oradores de la antigüedad ³, consagrando largas horas diarias al estudio y lectura de algun célebre autor griego ó latino, no sin amenizar aquellos doctos recreos con eruditas disquisiciones históricas, filosóficas y simplemente literarias, conforme á la naturaleza de la obra ó poe-

¹ Panormita, lib. I, núm. 45.—Naldo Naldi, *Vita Jannottii Manetti* (in Muratore, *Scriptores Rerum Italicarum*, t. XX, pág. 550).

² Tiraboschi, t. VI, I.^a Parte, cap. II, núm. XVII.

³ Eneas Silvio, *De Europae descriptione*, capítulo citado.

ma, de que se trataba ¹. Y tanto era y tan noble el empeño que ponía en este linaje de academias, celebradas ya en su biblioteca, ya en su cámara, que no solamente daba en ellas distinguido lugar á cuantos lo solicitaban á título de eruditos; no solamente llamaba á su seno á los jóvenes estudiosos, cualquiera que fuese su fortuna ó su estado social, colmándolos de halagos y distinciones, sino que no consentia que las profanasen con su presencia ociosos é impertinentes palaciegos, para quienes sólo ofrecía la corte frívolos pasatiempos ó interesadas medras ². Á todas partes alcanzaba su régia munificencia; pues sobre tomar á su cargo la educacion de aquellos jóvenes, dotados de verdadero ingenio, pero pobres de bienes terrenales, que más se habian señalado en su presencia ³, mostrábase igualmente solícito con cuantos descubrieran algun talento, exclamando frecuentemente, segun la frase de un escritor coetáneo, ya conocido de nuestros lectores: «VAYTE, VAYTE A ESTUDIAR». «E si era pobre (añade) le ayudaba» ⁴.

¹ Valla, *Recriminat. in Facium*, lib. IV, init.; Tiraboschi, t. VI, capítulo II.

² Panormita, lib. II, núm. 52, y lib. IV, núm. 18.—Juzgamos dignas de ser conocidas las palabras que se refieren al primer hecho: «Pueros, quos ad studia litterarum aptos ac propè natos intueretur (dice), verum paupertate ac inopia ad gloriam aspirare non posse, ut quisque vel ad hanc, vel ad illam disciplinam idoneus videbatur, partim rhetoribus, partim philosophis, erudiendos commendabat, fovebatque sumptum illis affatim ministrans. Simili pietate ac liberalitate usus est in theologos pauperes.» Ni son ménos dignas de tenerse presentes las que se refieren á la inoportuna presencia de los palaciegos en aquellos recreos literarios: «Post coena (escribe) legebatur, edicto regis omnes admissos fuisse, exclusis eo loco, ea hora, amplissimis atque ornatissimè viris, omnibus denique qui legendi causa non adessent, exclusis». Y añade: «Finita verò lectione, potio Hispaniae regum more, regi offerebatur. Ministrabat rex sua manu praeceptoribus ipsi, seu pomis, seu confectionibus zaccariis».

³ Entre otros muchos jóvenes que, llamados de la munificencia del rey, acuden á Nápoles y logran su proteccion, se distinguen el famoso jurisconsulto Paride del Pozo y el más aplaudido humanista Giovanni Pontano. Colmados ambos de distinciones, son despues el más preciado ornamento de la corte de Fernando I, contribuyendo cada cual por su parte á la obra del *Renacimiento*. De Pontano hablaremos adelante.

⁴ Juan de Lucena, *Vita Beata*, fól. 13 v.

Que esta especial predilección y este continuo ejercicio de los estudios clásicos debían refinar el gusto del rey don Alfonso, llevándole á saborear por sí las bellezas de los escritores de la antigüedad, demás de persuadirlo el buen sentido, lo confirma el reiterado testimonio de los más esclarecidos escritores de aquellos días. Pagado de la noble y majestuosa sencillez de Julio César, en quien admiraba al par las altas virtudes del guerrero y el profundo talento del historiador, llevábale siempre consigo en paz y en guerra, no dejando pasar día, sin que leyese ó hiciera leer alguno de los más interesantes pasajes de sus *Comentarios*¹. Lo mismo le sucedía con Tito Livio; y tanto se agradaba en la dulce y pintoresca frase del paduano, y tal encanto hallaba en sus acabadas narraciones, que agasajado por armonioso concierto de instrumentos en ocasión en que recorría las páginas del afamado autor de las *Historias romanas*, mandó callar á los músicos, cuya pericia reconocía sin embargo, declarando que eran para él más dulces y suaves las armonías de Livio². En-

1 «Caii Caesaris Commentarios in omni expeditione secum tulit, nullum omnino intermittens diem, quin illos accuratissimè lectitaret, laudaretque et dicendi elegantiam et belli gerendi peritiam», etc. (Panormita, libro II, número 13).

2 Jam velut multò suaviorem, quàm ipsorum harmoniam auditurus (Id., id., lib. I, núm. 16). Comentando Eneas Silvio este libro, observa: «Si Gothis ac Longobardis tales reges fuissent, neque mutilatum Livium, neque aliorum detrimenta auctorum deploraremus» (núm. 6 del Com. al libro I). Y es tanto más digno de consignarse este hecho cuanto mayor había sido siempre la predilección que mostró el rey don Alfonso á la música. Habiendo adolecido en Valencia de cierta enfermedad, escribía en efecto al almojarife del rey don Juan la siguiente carta, en octubre de 1429:

«Don Alfonso, por la gracia de Dios, rey de Aragon, de Valencia, de Cerdenya, de Córçega, et conde de Barcelona. Á vos don Jusef de Eçija, almoxariff mayor del muy noble rey de Castiella, salut: Como aquel que queremos bien et de quien mucho fiamos, façemos vos saber que agora destos dias nos vino un accident de enfermedad; mas, loado sea Dios, somos guarido bien. E enbiamos vos lo decir, porque sabemos que vos place de nostra salud et buena estado. E porque queríamos tomar algun placer con aquellos juglares del rey de Castiella, que eran en Tarragona, el uno que tocaba la *xabea* et el otro el *meo canon*, vos rogamos que quisiédeses quel dito rey nos envie los ditos juglares, et gradescer vos lo hemos mucho á

fermo estaba en Cápua, y apuraban en vano sus vasallos y parciales de Italia los recursos de la ciencia para restituírle la salud, cuando sabedor el Panormita de la dolencia del rey, partió apresuradamente de Gaeta, llevando consigo sus *fomentos y medicinas*, cuales eran los libros de la antigüedad, contando entre ellos el *Quinto Curcio*; y con tal placer y contentamiento, con tanta admiración y avidez empezó á oír don Alfonso las hazañas del héroe Macedon, que no sin asombro de los médicos hallóse aquel mismo día á punto de saltar del lecho, recuperando del todo en los siguientes la salud, con la prosecución de la lectura¹.

Robustecido y depurado en tal manera el gusto del rey de Aragon, y acrecentadas por extremo las aficiones á la antigüedad clásica, iniciadas desde su primera juventud, natural parecía que emplease su autoridad y su poder en la investigación y adquisición de los monumentos de aquella gran literatura; meritoria tarea que había ejercitado á los más esclarecidos varones de Italia desde los tiempos del Dante y de Petrarca. Llevado en efecto de este deseo, formó don Alfonso numerosa y muy selecta biblioteca, lugar preferente de su palacio, donde pasaba la mayor parte del día, manifestando singular placer cuando le presentaban algun códice desconocido, servicio que remuneraba siempre con largueza, excitando así el celo de los eruditos.

Ni se limitaban á estos los gastos y premios que don Alfonso destinaba al engrandecimiento de su biblioteca: con ilustración digna de imitarse en siglos posteriores, no sólo enviaba los oficiales de su casa á las cortes y Señorías vecinas en busca de manuscritos², sino que imponía á sus soldados, al prevenir el asalto

«vos que nos ende faredes servicio.—Dada en Valencia XIX dias andados del mes de octubre en el año de Nostro Senyor de mil CCCXXIX».

1 Panormita, lib. I, núm. 43. «Ea hilaritate, ea aviditate, ea denique felicitate coepit audire, ut quod medici obstupescerent, eodem ipso die, quo legere coeperamus, aegra omni valetudine, levatus ac penè confirmatus, evaserit», etc. Esta lectura continuó en los siguientes días.

2 Entre otros documentos por extremo importantes, que prueban el empeño que puso Alfonso en la adquisición de libros clásicos, copiaremos el que sobre el particular se conserva en el archivo de Aragon (Reg. n.º ge-

de una ciudad ó fortaleza, la obligacion sagrada de respetar todo libro, no escaseándoles en cambio distinciones y recompensas; y tanto era el prestigio de sus palabras y el anhelo de agradarle, que los soldados á quienes cabia en suerte la de encontrar algun manuscrito, guardábanlo cuidadosamente, presentándolo al rey, persuadidos de que habian logrado la parte más preciosa de los despojos enemigos ¹. De esta manera acrecentaba don Alfonso los tesoros de la antigüedad clásica, cuyos más renombrados escritores formaban el familiar ornamento de su tienda de campaña; pues como él mismo repetia, ya que no le era dado llevar consigo las estatuas de los grandes capitanes, se complacia al ménos en conversar con ellos y tratarlos en la historia ².

neral 2697, fól. 1510). Dice así: «Et vol lo dit Senyor (Rey) que lo dit Claver, quan sia en Venecia, l'entremeta, si allí ó en altra part vehina se trobasen, los libres de uall scrits, los quals lo dit Senyor vol per la sua libreria que sien ben scrits é vertaders; é aquels comprará è li trasmetrá per aquella pus segura via que porá, no sperant haberlos tots, mas axí com ne haurá comprat un ó dos ó mes, axí los trasmetrá no sperant los altres. E son los libres ques seguexen»:—Ovidius *Methamorphoseos*,—Ovidius, *De fastis*;—*Epistole Ouidii*;—Ovidius, *De Tristibus*;—Ovidius, *De Ponto*; Ovidius, *De Arte amandi*; Ovidius, *De Remedio amoris*;—Stacius, *De Bello thebano*;—Achiley, de Stacii, *Argonauticon*, Valerii Phacii, —*Odae*, Oratii; *Sermones*, Oratii;—*Epistole Oratii*; *Poetica Oratii*,—Claudianus, *De laudibus Stiliconis*;—Claudianus, *De Raptu Proserpinae*;—Lucretius, *De natura Rerum*; Silius Italicus, *De Bello Punico*;—*Elegiae*, Propertii; *Elegiae*, Tibulli;—Valerius, Catullus Veronen;—Persicus;—*Epigrammata*, Valerii Martialis;—Servius;—Donatus *Super Terentium*.—Item mes: comprará un sclau tartrés ó xarqués, etc.—Castelonouo Neapolis, die XXXI Maii, anno millesimo ccccLIII.

¹ Panormita, lib. II, núm. 15.

² Jacobo Spigelio escribe: «Alphonsus nunquam sine libris in expeditione profectus, tentorium in quo asservabantur juxta se poni jubebat. Cumque nullas Fabiorum, Marcellorum, Scipionum, Alexandrorum, Caesarum haberet imagines alias quas intueretur, libros inspiciebat, quibus gesta ab illis continerentur» (Com. in Panor. lib. IV, pág. 226). El Panormita decia, ponderando esta noble afición del rey: «Cum libris sub sponda solitum dormire regem scimus, expectatum illos cum lumine poscere ac lectitare. Ab his, quid sibi, quid civibus conveniret edoceret potissimum, vajeat» (lib. IV, núm. 31).

Influjo no pequeño alcanzaba en las determinaciones de su política esta singular veneracion de los monumentos de la literatura clásica, templando más de una vez el rigor de sus armas. Digno es de recordarse en este punto, que irritado de la conducta de Cosme de Médicis, aprestábase á cortar con el hierro las graves diferencias que sostenia, contra él la República florentina, y ya á la cabeza de aguerrido ejército, criado en la escuela de la victoria, habia partido de Nápoles, movido á destructora venganza, cuando en medio del camino le detenia una embajada de Cosme, quien le conjuraba para que suspendiese el justo enojo, enviándole un códice magnífico de Tito Livio.

Aquel denodado capitán, aquel ofendido rey, que, excitado por la resistencia, no hubiera parado hasta poner sus tiendas en la plaza de *Santa María del Fiore*, no sólo refrenaba la indignacion legitima de su pecho, sino que admitidos tratos de paz, le concedia con ella nombre de amigo, levantando así el crédito de los Médicis en la estimacion de los florentinos, y duplicando á la faz de Italia su representacion é influencia ¹. Fama fué tambien que los médicos de don Alfonso, sospechosos de que el códice estaba envenenado, procuraron disuadir al rey de admitirlo: el ilustre hijo de don Fernando de Antequera, repugnando semejante perfidia y prendado de la belleza y magnificencia del códice, cuyo autor estimaba al punto que dejamos advertido, lo aceptó y examinó con gran placer, considerándolo como uno de los más estimables trofeos de sus triunfos ².

No hay para qué empeñarnos en persuadir á nuestros lectores de que si la proteccion concedida á letras y ciencias por el príncipe español, que ceñia la corona de Nápoles, fué altamente útil y benefícosa para este nuevo reino, libertado por él de las

¹ Crinito, *De honestá Disciplinâ*, lib. XVIII, cap. 9;— Panormita, libro I, núm. 16.

² Al narrar este hecho, memorado por Tiraboschi y Guinguené, observa el Panormita que el rey aparentó dar crédito á los médicos, añadiendo que *illis animo illudeus*, recibió el códice, *legit, evolvit*, manifestándoles al par que las vidas de los reyes estaban en manos de Dios, y no sujetas al capricho de los hombres (id. id.).